

La clase media en Santo Domingo

Por M. DE J. TRONCOSO DE LA CONCHA

La cuestión de la existencia de la clase media es, a mi modo de ver, algo complicada si se tienen en cuenta los factores que puedan servir para caracterizarla en las actividades donde se manifiesta. Esos factores son, según lo entiendo, el económico, el social y hasta el político.

Me doy cuenta, desde luego, de que es el económico el que más se considera al examinar la cuestión; mas esto se halla muy lejos de significar que los otros factores sean despreciables. En lo social, por ejemplo, la tradición y sobre todo el bagaje intelectual con que se contribuye al progreso y bienestar de la humanidad, así en las ciencias como en las artes, como en las obras en general del genio o de la inteligencia, no permitirían, por una simple apreciación de naturaleza económica, se clasificasen, junto a quienes viven al día, a aquellos que quizá no disponen sino de los recursos necesarios para poder subsistir; pero cuya influencia en el modo de conducirse la sociedad es grande y poderosa. Tal vez de la tradición pudiéramos desentendernos un tanto; pero no así de las aportaciones de la inteligencia.

Hay más: no sería posible, sin ponerse en contradicción con la realidad, medir con el mismo rasero a todos los individuos considerados como pertenecientes a la clase media. Necesariamente habría que establecer distinciones o, si se quiere, patrones, hasta donde lo permitiese un "casuismo" que, si sujeto a probables equivocaciones, sirviera para formar escalas que en la práctica todo el mundo reconoce. Habría, así, no una clase media, sino clases medias.

Por esta razón y recordando además el aforismo romano *Omnia definitio est periculosa*, una definición de lo que constituye la "clase media" no sólo tendría que abarcar muchos extremos para ser completa, sino que se hallaría expuesta a comprender en sus términos, en cierto modo, a parte de la clase elevada y en otro sentido parte de la clase inferior. Según lo entiendo, de este vicio adolecen varias definiciones de la clase media que conozco. A lo más, y eso tentativamente, se podrán formar escalas como un medio de objetivar o determinar las clases diferentes que entran en la formación de un grupo nacional.

Sobre las apreciaciones que anteceden voy a referirme a la clase media de mi país, la República Dominicana, siguiendo el método recomendado por la Sección de Ciencias Sociales del Departamento de

Asuntos Culturales en la Organización de los Estados Americanos.

La existencia de una clase media en Santo Domingo se halla fuera de duda. Si mal no recuerdo, un eminente publicista haitiano, Antenor Firmin, anotaba que la conservación de nuestra entidad nacional como pueblo de formación hispana, y la defensa de nuestra soberanía e independencia, habían tenido siempre su mayor apoyo en esa circunstancia. Es, en efecto, una verdad comprobada que la mayoría de nuestros libertadores procedían de aquella clase, con más o menos características o variantes.

En esta clase media y formando algunas de las escalas a que me referí, se cuentan, de una parte, los comerciantes al por menor; los industriales que trabajan para satisfacer encargos determinados; los agricultores que dependen para la salida de sus productos de intermediarios, cuyos recursos necesitan; los pequeños propietarios; los servidores del Estado o de empresas particulares que saben cuánto ganan cada día, sin disponer de mayores fuentes de ingresos; los operarios de artes manuales que no dependen de otros y gozan en este sentido de autonomía bastante para establecer relaciones con quienes solicitan sus servicios; los pequeños rentistas cuyo acervo económico les suministra tan sólo lo suficiente para atender a sus necesidades ordinarias; y, de otra parte, los ministros de un culto a quienes se les puede aplicar aquello de que "el abate de lo que canta yanta"; los profesionales en derecho, medicina, matemática y otras actividades similares dedicados a la rutina de su profesión y cuya posición no les permite conducirse con independencia; los escritores que, sin haber alcanzado un grado elevado de superioridad por la brillantez o importancia de sus obras, carecen de medios para satisfacer sus necesidades perentorias y se hallan obligados por esto a vivir de lo que se les abone en pago de su labor. Podrían agregarse en uno u otro orden algunos más cuyos rasgos, como individuos pertenecientes a la clase media, fueran los anteriormente indicados, con ciertas distinciones o variantes.

No me sería dable precisar cuál porcentaje, dentro del grupo nacional dominicano, corresponde a la clase media; mas, teniendo en cuenta los datos suministrados por los últimos censos, creo no sería aventurado decir que es alrededor de un treinta por ciento, correspondiéndole a la clase superior un veinte por ciento.



Esta clase media, con fluctuaciones que no ameritan mención particular, ha sido siempre la misma entre nosotros. A lo sumo han influido para diferenciarla, de una época a otra, los cambios registrados en el progreso de algunas industrias o por la introducción de actividades nuevas, singularmente de orden mecánico. Es lo que ocurre, por ejemplo, con el oficio de corredores mercantiles y el comercio de flores, por no citar más, desconocidos en otros tiempos, así como en la producción de artículos que antes se importaban y ahora se producen para el consumo interior y hasta para la exportación. Por otra parte, la inmigración no ha ejercido ninguna influencia notable en la formación de la clase media, como no haya sido para acrecentarla o para contribuir al establecimiento de grupos de individuos especializados en ramas de la industria o el comercio, de que no se tenía noción anteriormente.

No hay diferencia que anotar en la existencia de una clase media entre los centros urbanos y las extensiones rurales. En algunas regiones, sin embargo, la porción tal vez más apreciable de la clase media es la de los campos. Esto se observa singularmente en el Cibao.

En cuanto se refiere a las masas obreras, puede afirmarse que en Santo Domingo se opera un mejoramiento gradual en la condición de los trabajadores; pero, más que por un movimiento sindical nacido de una iniciativa vigorosa de las masas, por una armónica correspondencia entre las necesidades y las aspiraciones de esa porción de la sociedad y la progresiva acción tutelar del Estado. Ha sido en la Administración del Presidente Trujillo cuando por primera vez esa acción tutelar se ha hecho efectiva.

En otros países las dos últimas guerras mundiales han influido notablemente en el desarrollo de este movimiento; entre nosotros no se puede hacer ninguna afirmación a este respecto, como no sea de que la mayor parte de las leyes protectoras del proletariado se han dictado después de la segunda guerra mundial, siguiendo una corriente que ha podido observarse en la mayoría de los pueblos civilizados.

Es oportuno observar igualmente que no se puede decir exista en Santo Domingo diferencia fundamental en los conceptos de salud y facilidades sanitarias y de nutrición de la clase media, si se les compara con los de las clases superiores. En éstas se nota únicamente suntuosidad y abundancia de que aquéllas no disfrutaban; pero que tampoco representan una necesidad. En cuanto a las clases inferiores, nuestro país ofrece el mismo cuadro que presentan los países de mejor situación en cualquier parte del mundo. Prueba de ello es que no existe el desempleo. Se advier-

te, naturalmente, una diferencia en los elementos que entran en la preparación de la comida y la clase de vestuario; por eso es y tiene que seguir siendo así por causas que no es preciso enunciar, aquí y dondequiera.

La clase media, por otra parte, goza en nuestro país, en la proporción que es razonable, de los mismos esparcimientos que la clase superior. Sociedades recreativas, teatros, campos de deportes y manifestaciones similares son disfrutadas por ella.

En otro orden de consideraciones, la educación universitaria, accesible a la clase media, constituye un factor apreciable para el tránsito de personas de la clase media hacia la clase superior. En cambio, la campaña contra el analfabetismo y las escuelas para adultos están elevando constantemente a individuos de las clases inferiores a los primeros estratos de la clase media, sin que en este particular pueda siquiera aventurarse que ejercen alguna influencia las tradiciones, los usos y los modos de vida nacionales.

De unos años a la fecha se han estado produciendo obras puramente literarias, especialmente la novela y los cuentos, que son reflejos de las condiciones y los cambios de la clase media. La producción científica escrita en esta materia es todavía escasa, no obstante que en la facultad de Filosofía de la Universidad de Santo Domingo se vienen realizando trabajos de investigación sociológica en los cuales se incluyen temas relativos a la clase media. Es significativo que en su mayoría esas producciones literarias proceden de individuos que pertenecieron a la clase media, a la inversa de lo ocurrido hasta fines del siglo XIX, que procedían de las capas elevadas de la sociedad. Un ensayo científico estimable que interesa a las condiciones de esa clase es la tesis sustentada por el doctor Enrique Patín Veloz, y que se contrae al estudio de la vida en los barrios de las ciudades dominicanas. Dignas de mención son igualmente las obras de don Ramón Emilio Jiménez.

El bagaje cultural de la clase media dominicana es sobre todo apreciable si se considera que en su inmensa mayoría los profesionales y estudiantes universitarios proceden de ella y si se advierte que es la literatura un modo muy ambicionado de lucir en el seno de la comunidad. Estas circunstancias hacen que en sectores poblados por la clase media sea próspero el negocio de librería y que haya periódicos especialmente dedicados a satisfacer sus gastos y apoyar sus demandas. Quien quisiera comprobar sobre el terreno la certeza de estas afirmaciones en nuestro país no encontraría dificultad alguna. Eso no deja dicho que exista un patrón de cultura típico de nuestra clase media; pero deja sentado, con las distinciones de que hago referencia al principio de este tra-



bajo, que ella se manifiesta por las profesiones liberales, la literatura y la artesanía. No puedo, sin embargo, dejar de anotar que ésto, por otro lado, ha sido causa de un mal: la deficiencia de la preparación técnica e industrial, hacia la cual ponen más la mira individuos procedentes de las capas inferiores que los de la clase media. Disponemos al presente de escuelas de artes y oficios en donde esta materia es atendida y sus efectos se vienen sintiendo ya gradualmente en proporción ascendente cada día.

Parece razonable deducir de cuanto se ha ido exponiendo anteriormente que en Santo Domingo las fronteras entre clases son muy borrosas y es un fenómeno social frecuente el tránsito de una persona de una clase a otra por cualquier circunstancia, sobre todo de las inferiores a las superiores. Así resulta que en una misma familia hay personas pertenecientes a la media y a la superior, o a la inferior y a la media. No se puede decir que la ruina económica determine un descenso, por lo menos en el curso de una sola generación, aunque es cierto que la prosperidad económica es un factor muy apreciable para pasar de una escala a otra. Las uniones matrimoniales producen también a veces ascensos súbitos, resultado éste que no es nuestro solamente, sino que es común a todos los países donde no existe una fuerte tradición aristocrática.

Este país ha sido entre todos los de América el que mayores vicisitudes sufrió desde los días de la Conquista hasta no lejana época y ésto hizo que toda la población se mantuviera siempre muy unida para defender el suelo nacional frente a las agresiones de otros países, lo cual hizo a la vez desaparecer toda diferencia de tratamiento y consideración. Santo Domingo es, además un mosaico de razas; pero como advierte Pedro Henríquez Ureña en su libro *El español en Santo Domingo*, el Brasil y nosotros somos, entre los pueblos americanos, los que menos prejuicios tenemos a ese respecto.

No puedo, sin embargo, dejar de advertir que hay cierta animadversión de parte de las clases inferiores a la media y superior y este patrón psicológico está siendo tema interesante de investigación (1). El doctor Patín Veloz se refiere a ese particular en su tesis. En la clase media se nota, aunque no tan generalmente como en la clase inferior, cierta animadversión también a las clases superiores, aunque reflejando al mismo tiempo un deseo de pertenecer a éstas, sin que se pueda decir que desdeñe el ser así clasificada. La mayoría se muestra siempre discreta a es-

te respecto, cuando no humilde, pensando que su esfuerzo debe consistir en todo caso en pasar a un medio más elevado, lo cual es muy natural en una sociedad que, en lo fundamental, ha hecho siempre de la democracia una práctica.

Mi opinión es que el pertenecer a la clase media se debe más a un factor económico o social que a un estado de espíritu. Lo religioso no cuenta para nada en este particular en Santo Domingo. El pueblo dominicano es, con excepción de pequeños núcleos de origen protestante o hebreo, esencialmente católico, apostólico, romano; pero no se preocupa por el ejercicio o la prédica de otros credos. La libertad de cultos entre nosotros es una verdad que todo el mundo se complace en reconocer.

En conclusión, mi opinión es que la influencia de la clase media sobre la vida política, económica, social y religiosa del país es considerable y, por tanto, un factor de suma importancia que contribuye decisivamente a afianzar la estabilidad del país. Nuestra historia es muy elocuente a ese respecto. Fuimos objeto constante de invasiones inglesas, holandesas y francesas; hemos estado bajo diferentes dominios, empezando por el español, al cual debemos, y de ésto nos ufamamos, nuestra existencia como miembros de la familia hispana; el francés, por obra de la guerra que culminó a fines del siglo XVIII a favor de Francia; el colombiano, aunque muy efímeramente, cuando Santo Domingo proclamó su independencia de España, luego de haber expulsado a los franceses; el haitiano, cuando ocupó el suelo nacional de 1822 a 1844; el español, por tercera vez, cuando ya establecida la República, un partido anexionista, hizo reincorporar nuestro pueblo a la Madre Patria; y finalmente el americano, cuando, en la primera guerra mundial, fuerzas militares de los Estados Unidos ocuparon nuestro país. Observé al principio que la inmensa mayoría de nuestros próceres había salido de la clase media. Así fué siempre en todos estos casos.

Cuando se me pregunta que si un crecimiento numérico de la clase media tendrá efecto benéfico para la estabilidad política y las formas democráticas de gobierno, mi respuesta es afirmativa, y que el medio de estimular ese crecimiento sería, ante todo, el desarrollo y fomento de las ciudades, el establecimiento de institutos para la enseñanza técnica e industrial, el desarrollo de los instrumentos de crédito y el aumento y mejoramiento de las escuelas públicas. Todo ésto porque es en la clase media donde reside el núcleo de la potencialidad de un país, porque ella es la causa eficiente de la riqueza y porque de su mantenimiento y desarrollo debe cuidar la sociedad como de un factor esencial de progreso, sin que, desde luego, este crecimiento deba estimularse al grado de atentar contra la clase directora o desmedrarla.

(1) Cuando el ciclón del año 1930, que casi destruyó la ciudad de Santo Domingo, la expresión corriente entre los individuos de la clase inferior, que observaban los efectos del huracán sobre los inmuebles de la clase media y superior, era esta: "Ya somos todos iguales".

